

EL PUEBLO CRUCIFICADO SIGNO DE LOS TIEMPOS

Hace un año, el 16 de noviembre de 1989, fueron asesinados en San Salvador Ignacio Ellacuría, Amando López, Joaquín López, José Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Elba Julia Ramos y Celina Maricet Ramos, mártires de la fe y de la justicia. Reproducimos en nuestra revista este texto de Ignacio Ellacuría como testimonio de gratitud hacia los que dieron su vida por fidelidad a Jesús de Nazaret y al pueblo (salvadoreño) crucificado. Los que los mataron no podrán acallar su voz, que era Buena Noticia para las mayorías empobrecidas de nuestro mundo.

El pueblo crucificado signo de los tiempos, Carta a las Iglesias desde el Salvador, 10/207 (1989) 4-6

Nuestro tiempo está lleno de signos a través de los cuales se hace presente el Dios que salva la historia. El problema está en discernirlos, en llegar a saber qué dice Dios a través de ellos y cómo debemos responder los hombres a esa voluntad de Dios apuntada a través de signos. Porque a esos signos nos referimos, cuando hablamos de signos de los tiempos. Son signos temporales, históricos, de modo que a través de ellos, a través de su opaca transparencia, se nos hace presente el Dios histórico, el Dios que es más Dios de vivos que de muertos, más de las personas que de las cosas, más del acontecer histórico que del curso natural. Los muertos, las cosas y la naturaleza apenas tienen novedad o su novedad es en definitiva una novedad lenta y fija, predeterminada. Constituyen, si se quiere, un signo permanente, un signo natural, pero no un signo de los tiempos. Es en las cosas que pasan, es en la historia, donde el Dios de los vivos y el Dios de lo nuevo se hace presente como Señor que quiere ser de la historia.

Pero entre tantos signos como siempre se dan, unos llamativos y otros apenas perceptibles, hay en cada tiempo uno que es el principal, a cuya luz deben discernirse e interpretarse todos los demás. Ese signo es siempre el pueblo históricamente crucificado, que junta a su permanencia la siempre distinta forma histórica de su crucifixión. Ese pueblo crucificado es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de ese mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida.

Su carácter de signo cristiano está asegurado por el mismo Jesús. En el que tiene hambre y sed, en el encarcelado y desaparecido, en el que es perseguido hasta la muerte por causa de la justicia y para que no siga reinando la injusticia, en el que es pobre porque ha sido despojado, en éste se esconde y aparece Jesús. En él se da el gran signo de los tiempos, precisamente en su opaca y ambigua transparencia.

No importa que no lo reconozcan así los sabios de este mundo, ni los escribas y fariseos, ni los levitas, sacerdotes y pontífices; tampoco sus antepasados reconocieron a Jesús ni como profeta ni como Hijo de Dios ni siquiera como siervo de Yahvé.

Y sí importa -porque comprueba la autenticidad del signo- que los poderosos de este mundo, los ricos y los opresores, le llamen subversivo, subvertidor del orden público, samaritano o comunista, contradictor y negador de sus lujos, de sus explotaciones y de sus masacres. Así le consideraron también a Jesús porque Dios es la negación del pecado.

Ese pueblo crucificado está ahí. A veces nos lo muestran en televisión y otras aparece en las esquinas de la prensa o de la radio. Pero en realidad no tiene publicidad, no se le conoce. Se hace todo lo posible por ocultarlo para que no perturbe nuestra tranquilidad occidental y burguesa; se lo muestra para que dejemos correr nuestras dulces lágrimas de cocodrilo o, a lo sumo, para que se desahogue la tensión en una esporádica protesta callejera. Contentada la conciencia con el ejercicio piadoso del lamento y de la compasión, nos volvemos en seguida a lo que de verdad nos preocupa, a la subida del precio del petróleo o de la cesta de navidad, a jugar en la lotería de la vida para ver si nos cae el premio del poder, del dinero, del dominio, del éxito, de la diversión. Todo importa más que escuchar realmente la voz de Dios que con gemidos inenarrables o con gritos estentóreos clama por las heridas abiertas de la injusticia universal; la voz de Dios que escucha tanto en los sufrimientos como en las luchas de liberación.

Es posible que a algunos esa presencia les parezca oscura o esa voz demasiado lejana y tenue. ¡Ay de ellos! Están muy lejos de Dios, están muy apartados de la salvación. Pero son ellos los que se alejan, porque el pueblo crucificado, crucificado por nosotros, está por todas partes y son la verdadera humanidad. Y los que le crucifican, constituyen todos ellos la bestia del Apocalipsis. Y los que se hacen sordos y ciegos, porque les parece que éste no es un problema religioso, esos son los tibios que Dios, asqueado, ha vomitado ya de su boca.

La Iglesia debería ponerse como misión universal histórica hacer volver a los hombres con ojos de misericordia -Dives in misericordia- a esa humanidad explotada y masacrada. Lo que las agencias de turismo hacen para que el mundo se divierta debería hacer la Iglesia en dirección contraria para que el mundo se convierta. Que los hombres pongan sus ojos y su corazón en Guatemala y sus gentes asesinadas, en El Salvador y sus diez mil víctimas enterradas este año, en tantos sitios donde las mayorías son oprimidas secularmente y perseguidas cuando buscan liberarse de esa opresión. Y con los ojos y el corazón puestos sobre estas sangrantes realidades históricas, mediten sobre la pasión y la muerte de Jesús, sobre su corazón abierto por la lanza del poder, de la opresión y de la represión. Quizá salga así de ese corazón abierto una humanidad nueva y renazca así una Iglesia más resplandeciente, con menos manchas y arrugas, con mayor ímpetu profético, con mayor semejanza con Jesús muerto por nuestros pecados y matado por los ateos y asesinos de siempre.

La opción preferencial que lleva a acompañar al pueblo en sus luchas de liberación y a introducir el espíritu cristiano en ellas, no puede tener, en este mundo actual, más que una respuesta: la persecución e incluso la muerte. Por eso, una Iglesia que no sea perseguida, es una iglesia que, o no vive en un mundo de pecado o no le responde como debiera. Y así como decía al principio que si no hay opción preferencial por los pobres no hay Iglesia de Jesucristo, si no hay persecución -de la índole que sea y por causa del Reino y de la justicia, no por otras causas- es que no hay verdadera Iglesia, Iglesia

santa. Lo que nos están mostrando algunas Iglesias latinoamericanas es que por estar con las clases populares están sufriendo tremendos sacrificios.

Les desafío a que lean los cuatro o cinco libros de Mons. Romero, sus cartas pastorales, y me digan qué hay en ellas que no sea auténtica y puramente cristiano. Y, sin embargo, fue asesinado: afortunadamente en el altar, para significar lo que él era y por qué se le perseguía. A esto contestan algunos inmediatamente que se le perseguía porque se metía en política. Yo siempre digo que no necesitamos meternos en política, que estancos dentro de ella. Lo más que cabría preguntarse es cómo salirse de ella. Y ¿cómo va uno a salirse de la opción preferencial por los pobres, cómo del compromiso con esa gente, cómo de la muerte de 30.000 personas asesinadas en dos años, cómo de la miseria, el hambre, la violencia? ¿Cómo va Ud., cristiano, a salirse de todo eso?.

La persecución es una característica de la Iglesia santa y uno tiene que preguntarse por ella.

Termino ya. Las Iglesias de Latinoamérica interpelan, no sé si a la Iglesia española o a la alemana..., a quien las quiera mirar, en esta cuádruple dirección: ¿hay en su Iglesia una opción preferencial por los pobres?; ¿hay en su Iglesia un acompañamiento real a las luchas que realmente sean de liberación de las mayorías populares?; ¿hay un esfuerzo para que la teología y la pastoral se metan dentro de esos movimientos y traten de cristianizarlos?; ¿hay un factor profundo, importante, de persecución?.

Lo único que quisiera-porque eso de interpelación suena muy fuerte-son dos cosas: que pusieran Uds. sus ojos y su corazón en esos pueblos que están sufriendo tanto -unos de miseria y hambre, otros de opresión y represión- y después (ya que soy jesuita), que ante ese pueblo así crucificado hicieran el Coloquio de S. Ignacio en la Primera Semana de los Ejercicios, preguntándose: ¿qué he hecho yo para crucificarlo?, ¿qué hago para que lo descrucifiquen?, ¿qué debo hacer para que ese pueblo resucite?

Mons. Romero fue un gran creyente y un gran luchador. Pues bien, nunca podrá demostrarse que fuera movido, en un solo momento, por la envidia, el revanchismo o el odio. Los revolucionarios, a veces, son movidos por esas fuerzas, y un cristiano debe decir en todo momento que un amor comprometido puede ser tan revolucionario o más que cualquier otro sentimiento de esa especie. Sustituir, no sólo en la psicología sino en el movimiento mismo revolucionario, esas fuerzas destructivas por estas otras más constructivas y alentadoras, me parece un aporte típico que pueden y deben hacer los cristianos. Ustedes comprenden que en situaciones como las de Guatemala o El Salvador lo más fácil es sentirse lleno de rencor, de odio, de venganza, pero el cristianismo sabe muy bien que esos no son valores humanos y menos divinos y que no necesita ampararse en esas fuerzas para promover un cambio social que vaya hasta el fondo. Un amor, duro si se quiere, un amor comprometido y revolucionario, puede sustituir con creces a esas otras fuerzas. Y es que en todo cristiano debe haber, no odio a una clase, sino amor a la otra. Es decir, es el amor por esas mayorías aplastadas lo que domina en el corazón del cristiano. Si ese amor comprometido tiene que llevarle a la lucha con la otra clase, contra otras estructuras, eso es ya un derivado.

Y un amor que nazca, por otra parte, de una gran compasión y una gran misericordia. Ya sé que aludo a dos palabras devaluadas en la política y los compromisos actuales, pero aquello de Jesús: "tengo compasión de este pueblo", es un sentimiento profundamente cristiano, profundamente revolucionario y también profundamente moderador de excesos posibles. Porque el que tiene misericordia de lo que está pasando, compasión del pueblo, no le lleva a un sacrificio sin sentido. No está impulsando a la gente a que se mate y el día de mañana triunfe mi organización o partido. En el cristianismo debe haber un gran amor a la gente oprimida y un gran cuidado para que realmente salga adelante.

(Estos textos fueron escritos en 1981 por el P. Ellacuría en exilio en Madrid).